

SERIE CRAVE

furia



TRACY WOLFF

Rabiosamente adictivo. Ya no puedes parar.

 Planeta

TRACY WOLFF

FURIA

(Serie Crave 2)

Traducción de Vicky Charques

1

WOKE UP LIKE THIS

En el mejor de los casos, ser la única humana en un instituto de seres paranormales es peligroso. En el peor, es un poco como ser el último juguete mordedor en una habitación repleta de perros rabiosos. Pero, en un día corriente... Bueno, la verdad es que en un día corriente mola bastante.

Es una lástima que hoy no sea uno de esos días.

No sé por qué, pero tengo la sensación de que algo no va bien mientras me dirijo por el pasillo hacia la clase de Literatura Británica aferrada al tirante de mi mochila como si de una cuerda de salvamento se tratase.

Puede que sea porque estoy helada; el frío me cala los huesos y me tiembla todo el cuerpo. O tal vez sea porque la mano con la que agarro la mochila me duele tanto como si me hubiese peleado contra un muro y hubiese perdido. O quizá por el hecho de que todo el mundo, y con «todo el mundo» quiero decir «todo el mundo», me está mirando. Y no como lo harían en uno de esos «mejores casos»... si es que existen.

Ya debería haberme acostumbrado a las miradas, al fin y al cabo viene incluido en el paquete de ser la novia de un príncipe vampiro. Pero no es el caso. Y, desde luego, no es algo positivo cuando todos los vampiros, brujas, dragones y lobos del lugar se paran a mirarte ojipláticos y con la boca abierta, como está pasando hoy.

Sinceramente, no lo entiendo. Venga ya. ¿No debería ser yo la extrañada, teniendo en cuenta las circunstancias? Ellos han sabido todo este tiempo que los humanos existen. Yo, en cambio, hace apenas una semana que he descubierto que los monstruos del armario son reales. Como la de mi habitación, los que vienen conmigo a clase... y el que está a veces entre mis brazos. ¿No debería ser yo la que fuese por ahí mirándolos con la boca abierta?

—¿Grace?

Reconozco la voz y me doy la vuelta sonriente. Entonces veo que Mekhi me mira pasmado también, y su tez, generalmente de un tono cálido, parece más cerosa que nunca.

—¡Hombre, hola! —Sonrío de oreja a oreja—. Ya pensaba que me iba a tocar leer *Hamlet* sola hoy.

—¿*Hamlet*? —dice con voz ronca mientras se saca torpemente el teléfono del bolsillo delantero del pantalón con las manos temblorosas.

—Sí, *Hamlet*. ¿La obra que hemos estado leyendo en Literatura Británica desde que llegué? —Arrastro un poco los pies; de repente, me siento incómoda al ver que sigue mirándome como si hubiese visto un fantasma... o algo peor. Este comportamiento no es nada típico de Mekhi—. Hoy vamos a representar una escena, ¿no te acuerdas?

—No estamos ley...

Se detiene a media palabra; teclea a toda prisa en su móvil y envía lo que, a juzgar por su rostro, es el mensaje más importante de su vida.

—¿Estás bien? —pregunto acercándome a él—. No tienes buen aspecto.

—¿Que yo no tengo buen aspecto? —Suelta una risotada y se pasa la mano temblorosa por las rastas oscuras y largas—. Grace, estás...

—¿Señorita Foster?! —vocifera por el pasillo una voz que no reconozco interrumpiendo a Mekhi—. ¿Se encuentra bien?

Miro a Mekhi con cara de no entender absolutamente nada, y ambos nos volvemos. Es el señor Badar, el profesor de Astronomía Lunar, que se aproxima a paso ligero.

—Sí —respondo, y doy un paso atrás sobresaltada—. Solo intento llegar a clase antes de que suene el timbre.

Me quedo mirándolo perpleja cuando se detiene justo delante de nosotros. Parece demasiado alucinado, sobre todo si tenemos en cuenta que lo único que estoy haciendo es charlar con un amigo.

—Debemos ir a buscar a tu tío de inmediato —dice, y me agarra del codo para obligarme a dar media vuelta y guiarme de regreso por donde acabo de venir.

Su voz suena más a petición que a orden, así que empiezo a caminar por el largo pasillo ojival sin protestar. Bueno, por eso y porque Mekhi, que por lo general se muestra impasible, se aparta de forma brusca de nuestro camino.

Pero, a medida que avanzo, la sensación de que algo no va bien se intensifica. Sobre todo cuando la gente se para literalmente de golpe al vernos pasar, una reacción que no hace sino poner al señor Badar más nervioso todavía.

—¿Me explica, por favor, qué está ocurriendo? —pregunto mientras la masa de alumnos se aparta a nuestro paso. No es la primera vez que veo este fenómeno: salgo con Jaxon Vega; pero es la primera vez que esto sucede sin estar mi novio presente. Y es raro de narices.

El señor Badar me mira como si fuese un perro verde. Entonces pregunta a su vez:

—¿Es que no lo sabes?

Que esté tan agitado y su voz haya adoptado ese tono de in-

credulidad dispara mi ansiedad. Sobre todo porque me recuerda a la expresión de Mekhi mientras sacaba el móvil hace un par de minutos.

Es la misma que detecto en el rostro de Cam cuando nos cruzamos con él en la puerta de una de las aulas de Química. Y en el de Gwen. Y en el de Flint.

—¡Grace! —exclama este último, que sale corriendo de su clase y se pone a caminar con nosotros—. ¡Qué fuerte, Grace! ¡Has vuelto!

—Ahora no, señor Montgomery —le espeta el profesor con los dientes apretados, marcando cada palabra.

A juzgar por el tamaño de ese colmillo que le asoma por debajo del labio... debe de ser un lobo. Aunque supongo que la asignatura que imparte debería haberme dado la pista. ¿Quién puede tener más interés en la astronomía de la Luna que las criaturas que ocasionalmente le aúllan?

Empiezo a preguntarme si habrá pasado algo esta mañana que yo no sepa. ¿Se habrán vuelto a enzarzar en una pelea Jaxon y Cole, el lobo alfa? ¿O Jaxon con algún otro lobo esta vez? ¿Con Quinn o Marc? No lo creo, ya que todo el mundo nos ha estado evitando últimamente, pero ¿por qué otra razón iba a estar un profesor lobo al que nunca he conocido tan nervioso y decidido a llevarme ante mi tío?

—Espera, Grace...

Flint extiende la mano para tocarme, pero el señor Badar se lo impide.

—¡He dicho que ahora no, Flint! ¡Vete a clase! —ruge desde lo más profundo de su garganta.

Flint parece reacio a acatar su orden; en sus dientes se refleja de repente la tenue luz de los candelabros que iluminan el pasillo. Debe de llegar a la conclusión de que no merece la pena discutir, pese a sus puños apretados, porque al final no dice

nada. Simplemente se detiene y nos observa alejarnos... igual que todos los demás.

Varias personas parecen querer acercarse, como Gwen, la amiga de Macy, pero basta con un leve gruñido del profesor, que ahora prácticamente me hace desfilas a toda prisa por el pasillo, para que opten por mantener la distancia.

—Tranquila, Grace. Casi hemos llegado.

—¿Adónde? —Pretendía exigirle una respuesta, pero mi voz suena demasiado aguda.

—Al despacho de tu tío. Lleva mucho tiempo esperándote. Eso no tiene sentido. Vi al tío Finn ayer mismo.

Un escalofrío me recorre la espalda y se me ponen los pelos de punta. Aquí pasa algo. Algo no va bien.

Cuando doblamos otra esquina, esta vez hacia el pasillo repleto de tapices que lleva al despacho del tío Finn, es mi turno de llevarme la mano al bolsillo para sacar el móvil. Quiero hablar con Jaxon. Él me dirá qué está ocurriendo.

Porque... esto no puede ser por Cole, ¿verdad? Ni por Lia. Ni por... Grito cuando mis pensamientos chocan contra lo que parece un muro gigante. Uno del que sobresalen enormes puntas de metal que apuntan directas a mi cabeza.

Aunque el muro no es tangible, estamparme mentalmente contra él resulta muy doloroso. Por un momento, me quedo helada y algo aturdida. Una vez superada la sorpresa (y el dolor), pongo más empeño todavía en salvar el obstáculo y me esfuerzo en ordenar mis pensamientos, en obligarlos a recorrer esa senda mental que de repente se ha cerrado para mí.

Entonces caigo en la cuenta: no recuerdo haberme despertado esta mañana. No recuerdo haber desayunado. Ni haberme vestido. Ni haber hablado con Macy. No recuerdo nada de lo que ha pasado hoy.

—¿Qué diablos está sucediendo?

Ni siquiera soy consciente de haber dicho esto en voz alta hasta que el profesor responde, con un tono bastante adusto:

—Me temo que Foster esperaba precisamente que tú pudieras explicárselo.

No es la respuesta que esperaba. Busco de nuevo mi móvil, decidida a no dejarme distraer esta vez. Quiero hablar con Jaxon.

Pero el teléfono no está en el bolsillo donde lo guardo siempre, ni en ninguno de los demás. ¿Cómo es posible? Yo nunca me dejo el móvil.

La ansiedad se transforma en miedo, y el miedo en un insidioso pánico que me bombardea con una infinidad de preguntas. Intento mantener la calma y no mostrar lo agobiada que estoy ante las dos docenas de personas que me observan en este preciso instante. Pero no resulta nada fácil, y menos cuando no tengo ni la menor idea de qué está pasando.

El señor Badar me empuja ligeramente por el codo para que me ponga en marcha de nuevo, y lo sigo con el piloto automático.

Giramos por última vez al llegar a la puerta del despacho del director del instituto Katmere, también conocido como mi tío Finn. Esperaba que Badar llamase antes de entrar, pero la abre de golpe y entramos en la antesala. La asistente de mi tío está sentada a su mesa, escribiendo algo en el portátil.

—Ahora mismo estoy con vosotros —dice la señora Haversham—. Dadme un...

Levanta la vista para mirarnos por encima de la pantalla del ordenador y de sus gafas de montura morada y lentes de media luna, y se interrumpe a media frase en cuanto sus ojos se encuentran con los míos. Se levanta súbitamente de la silla, que golpea contra la pared que tiene detrás, y llama gritando a mi tío.

—¡Finn, ven, corre! —Sale de detrás de su mesa y me rodea

con los brazos—. Grace, ¡cuánto me alegro de verte! Es estupendo que estés aquí.

No tengo ni idea de a qué se refiere, como tampoco entiendo por qué me está abrazando. A ver, la señora Haversham es una mujer bastante agradable y eso, pero no sé en qué momento nuestra relación ha pasado de saludarnos con mera formalidad a este abrazo tan espontáneo y aparentemente eufórico.

Aun así, se lo devuelvo, e incluso le doy unas palmaditas en la espalda, con cierto reparo, pero supongo que lo que cuenta es la intención. Además, sus suaves rizos blancos huelen a miel.

—Yo también me alegro de verla —respondo mientras empiezo a apartarme un poco con la esperanza de que un abrazo de cinco segundos sea suficiente en esta situación ya de por sí tan extraña.

Pero está claro que la señora Haversham prefiere la versión larga, y me estrecha con tanta fuerza que empieza a costarme respirar. Por no hablar de lo incómoda que me siento.

—¡Finn! —grita otra vez sin percatarse del hecho de que, por el abrazo, sus labios color carmín están justo al lado de mi oreja—. ¡Finn! Es...

La puerta del despacho del tío Finn se abre.

—Gladys, tenemos un interfono... —Él también se detiene a media frase, y sus ojos se abren sorprendidos cuando reparan en mi rostro.

—Hola, tío Finn. —Le sonrío, y la señora Haversham me libera por fin de su letal abrazo con aroma a madreselva—. Siento molestarte.

Mi tío no responde. Simplemente sigue mirándome. Mueve la boca, pero no emite sonido alguno.

De repente, tengo la sensación de que mi estómago está lleno de cristales rotos.

Puede que no sepa qué he desayunado esta mañana, pero una cosa está clara: aquí está pasando algo muy muy malo.